Arqueología de la Guerra Civil en Toledo. El frente sur del Tajo y el cigarral de Menores: un escenario de guerra[1]

R. Barroso Cabrera*, J. Carrobles Santos**, J. Morín de Pablos*, J. L. Isabel Sánchez***, F. J. López Fraile*, L. Rodríguez-Avello Luengo*, J. M. Curado Morales* e I. Criado Castellanos****

Departamento de Arqueología, Paleontología y Recursos Culturales de AUDEMA *
Fundación El Greco 2014 **
Real Academia de Bellas Artes y Ciencias Históricas de Toledo ***
Documentalista del proyecto "El Paisaje Cultural de la ciudad de Toledo: Los Cigarrales"****

En el presente estudio se aborda la problemática de la arqueología de la Guerra Civil en Toledo. La ingente bibliografía histórica se ha centrado prácticamente en exclusiva en el estudio del episodio del Alcázar, olvidando la constitución de un frente al Sur del río Tajo, uno de los más importantes de la contienda española. Los trabajos de prospección se han centrado en la documentación exhaustiva de este Frente Sur del Tajo como una sola unidad, incluyendo todos los sistemas de fortificación. Por otro lado, el estudio de la cultura material recogida permite asignar las posiciones a uno y otro bando, ya que no se trató de un frente estable, sino que se vivieron diferentes episodios de cambios de posiciones. Por cuestiones de espacio se profundiza en uno de los escenarios: el cigarral de Menores. El cigarral del doctor Marañón ha sido objeto de una prospección intensiva y de la excavación de una de las posiciones.

I. Los acontecimientos históricos

1. Toledo en la Guerra Civil. La sublevación militar.

La proclamación de la República el 14 de abril de 1931 fue acogida con gran entusiasmo por una parte significativa de la población y especialmente por los medios intelectuales. El cambio de régimen se había producido sin apenas incidentes de importancia, y el abandono del trono de Alfonso XIII y su posterior partida hacia el exilio, habían sido todo lo pacíficos que pudiera desearse. Pronto, sin embargo, al entusiasmo inicial siguió un periodo de incertidumbre que mermaría los apoyos al nuevo régimen, incluso de aquellos prohombres como Ortega y Gasset, Gregorio Marañón o Pérez de Ayala, que habían sido considerados padres espirituales de la República. La entonces considerada "bolchevización" del PSOE tras el apartamiento de Julián Besteiro de la dirección del partido y el hundimiento del Partido Radical —que, a pesar de su nombre, había moderado mucho su discurso inicial en un sentido de derecha moderada— radicalizaron el ya de por sí enrarecido clima político español, polarizando la escena política entre los movimientos más o menos revolucionarios de izquierda (el PSOE y los anarquistas), los que añoraban restaurar el régimen monárquico de uno u otro signo (Renovación Española de Calvo Sotelo y los carlistas) y los que defendían posturas puramente dictatoriales relacionadas con la fundación de un estado parafascista (Falange Española).

En un clima abiertamente guerracivilista se desarrollaron los comicios de febrero de 1936 que llevaron al poder a la coalición de izquierdas denominada Frente Popular. La reanudación del curso parlamentario se inició en un clima marcado por el enfrentamiento que muy poco tiempo después dejó de ser sólo político. En julio de ese mismo año se sucedieron los acontecimientos que culminaron con los asesinatos del teniente de la Guardia de Asalto José del Castillo por parte de un grupo de carlistas y de José Calvo Sotelo por una patrulla perteneciente al cuerpo armado al que pertenecía la primera de las víctimas. Su muerte sería el detonante de la sublevación militar que comenzó el 18 de julio de ese mismo año. Sin embargo, lo que en principio nació como un golpe de estado para acabar con el gobierno del Frente Popular se prolongaría por espacio de tres años como una cruenta guerra civil.

En esos mismos días de mediados de julio de 1936, la mayoría de los cadetes que cursaban en la Academia de Infantería toledana se hallaban fuera de la ciudad por haber finalizado el periodo de clases. Su director, el coronel Abeilhé, se encontraba en Madrid, donde poco después sería detenido y fusilado junto con su hermano, también militar, tras negarse a ponerse a las órdenes del gobierno del Frente Popular. De este modo, el coronel Moscardó quedó como único jefe militar en la plaza.

Sus primeras órdenes se dirigieron a permitir la concentración en Toledo de la escasa guarnición de la ciudad, así como de los efectivos de la Guardia Civil que estaban repartidos por la provincia, pues, aparte de sede de la Academia militar, Toledo era además cabeza del II Tercio de la Guardia Civil. Esta circunscripción incluía

[1] Este trabajo se enmarca dentro del Proyecto de Investigación "El Paisaje cultural de la ciudad de Toledo: Los Cigarrales", financiado y coordinado por el Consorcio de la Ciudad de Toledo y la Real Fundación de Toledo.

< *Fotografía aérea con el emplazamiento de las estructuras inmuebles en el sector del Cerro de los Palos.*

Archivo Secreto, núm 5 (2011) p. 330-348

las comandancias de Toledo y Cuenca. La primera de ellas, a la que afectó la orden de Moscardó, se encontraba bajo el mando del teniente coronel Pedro Romero Basart y tenía a sus órdenes cuatro compañías: la 1ª y 4ª, con cabecera en la misma Toledo, la 2ª con sede en Ocaña y la 3ª en Talavera de la Reina. El traslado de los guardias se hizo de forma discreta, tal como disponía la orden del coronel. Siguiendo las órdenes de la comandancia, los guardias y sus familias —que se unieron al convoy para evitar posibles represalias— sortearon aquellas poblaciones que eran consideradas peligrosas.

En total, Moscardó pudo reunir cerca de 1.300 hombres, entre cadetes y otros oficiales, suboficiales y personal de tropa presentes en la plaza (cerca del medio millar), fuerzas de la Guardia Civil (700 hombres aproximadamente) y Asalto (unos 25 hombres), a los que hay que añadir un centenar de voluntarios civiles reclutados entre las fuerzas de derecha y la Falange. En cuanto al armamento, estas tropas disponían de un buen arsenal de fusiles, mosquetones y ametralladoras, siendo sin embargo muy escasas las piezas de artillería y, sobre todo, la munición, uno de los principales problemas con los que habría de luchar y que, finalmente, pudo solucionar gracias a que pudo hacerse con el control de la Fábrica de Armas.

En efecto, con el estallido de la guerra civil, el 18 de julio de 1936, se puso de manifiesto la importancia que poseía la factoría militar. Ya desde el primer momento, cuando aún reinaba la confusión en torno al alzamiento militar en Melilla, se inició una dura pugna entre las autoridades gubernamentales de Madrid y la comandancia militar de Toledo por el control de la fábrica y de las armas y municiones allí almacenadas. Durante el día 19 de julio, el coronel Moscardó trató de contemporizar con las autoridades civiles hasta que se aclarase la situación creada en el protectorado tras la sublevación militar, negándose en cualquier caso a entregar el control de la factoría al gobierno a pesar de las reclamaciones en este sentido hechas primero desde el ministerio de la Guerra y luego a través del diputado socialista José Prats y el teniente coronel de Artillería Juan Hernández Saravia. Estas mismas instrucciones habían sido transmitidas también al jefe de la Fábrica de Armas, coronel Soto, quien se mostró de acuerdo con el envío de la munición a Madrid, lo que dejaba al descubierto las intenciones de Moscardó de unirse a la sublevación. De hecho, pocas horas después, el día 21 de julio, se procedió a la proclamación del estado de guerra en Toledo.

Entre tanto, la sublevación en Madrid había sido sofocada después de la toma del Cuartel de la Montaña y la rendición del general Fanjul. Esto permitió al gobierno enviar hacia Toledo una columna bajo el mando del general José Riquelme —general con amplia experiencia en la campaña de África— para obligar a realizar la entrega de las municiones y asegurar el control de la Fábrica de Armas. Mientras, en Toledo, Moscardó había establecido ya un doble dispositivo defensivo centrado en un doble objetivo estratégico: el control de la ciudad y sus accesos. El primer dispositivo, desplegado entre el Hospital de Tavera, el convento de los Carmelitas y la Fábrica de Armas, tenía por objeto controlar las comunicaciones de ésta con Madrid, desde donde se esperaba la llegada de la columna Riquelme. Un segundo destacamento, dispuesto sobre el Ayuntamiento, Banco de España, Catedral y accesos de los puentes de Alcántara y San Martín, tenía como fin asegurar el interior de la ciudad de Toledo y las comunicaciones con otros puntos de la provincia.

En la tarde del día 21 de julio llegaba a la ciudad la columna Riquelme, precedida por un bombardeo aéreo que afectó a la zona alta de la población. El primer ataque fue retenido a la altura del Hospital de Tavera, lo que dio tiempo a un grupo de militares sublevados a las órdenes del comandante Méndez para cargar en camiones la munición de la Fábrica de Armas y su traslado al Alcázar, ante la inoperancia del coronel Soto y los soldados y trabajadores que continuaban leales al gobierno del Frente Popular. Ni siquiera la llegada de una avanzadilla de la columna Riquelme frustró la operación de carga de municiones, aunque sí aseguraría el control gubernamental de las instalaciones del centro. Gracias a esta operación, el comandante Méndez y sus hombres se hicieron con un volumen ingente de municiones —cifrado en torno a los 500.000 u 800.000 cartuchos, según las diversas fuentes— que a la postre fue decisivo para los fines de los sublevados.

A partir de ese momento, debido a la imposibilidad de emprender una defensa de la plaza por la inferioridad numérica y material que había supuesto la llegada de la columna Riquelme, el coronel Moscardó ordenó el repliegue escalonado de todos sus efectivos hacia el Alcázar y las dependencias y edificios aledaños (Gobier-

no Militar, picadero, comedor, convento de Capuchinos, Hospital de Santiago, etc.), donde se hicieron fuertes durante los 70 días de asedio, bombardeos aéreos, intentos de incendio y voladura del conjunto.

2. La marcha sobre el Tajo

Durante el mes de julio las tropas del ejército de África, bajo las órdenes del general Franco, fueron desplazadas a la península a través de un convoy marítimo que se aprovechó de la ineficacia de la armada gubernamental, cuya oficialidad había sido diezmada por la marinería. Gracias al paso del Estrecho, la situación de los sublevados en Andalucía, hasta entonces bastante precaria y limitada en la práctica a las capitales de Sevilla, Córdoba y Granada, pudo estabilizarse. Con ella se garantizó el control de Andalucía occidental y se hizo posible el inicio de la marcha hacia la capital de España por Extremadura y el corredor del Tajo.

La dirección de las operaciones fue encargada al teniente coronel Juan Yagüe, quien dividió sus tropas en dos columnas: la primera, formada por la IV Bandera del Tercio, II Tabor de Regulares de Tetuán, una compañía de Ingenieros y los correspondientes servicios de Sanidad e Intendencia, así como otras unidades auxiliares, quedaron a las órdenes del teniente coronel Asensio; la segunda, compuesta por la V Bandera de la Legión, el II Tabor de Regulares de Ceuta y otras unidades auxiliares, quedaron a las órdenes del comandante Castejón. Con este ejército, Yagüe procedió a iniciar su avance hacia el norte, ocupando Zafra, Los Santos de Maimona, Mérida y a mediados de agosto, después de una encarnizada defensa, la capital de la provincia, Badajoz. La toma de esta ciudad extremeña supuso un duro golpe para las fuerzas gubernamentales y un éxito decisivo para los sublevados, al conseguir comunicar las zonas norte y sur de la península, con todo lo que ello implicaba a la hora de permitir a los rebeldes el traslado de hombres y municiones de una a otra zona, hasta entonces aisladas.

Hasta ese momento el avance de los sublevados se había producido con inusitada rapidez. Sin embargo, desde entonces, fue necesario avanzar siguiendo el curso del Tajo en el que esperaban las tropas del general Riquelme. Antes de proceder a remontar el citado valle, Yagüe ordenó una operación previa con el fin de asegurar el flanco meridional del avance. La defensa de las posiciones gubernamentales corrió en este caso a cargo del capitán de la Guardia Civil Manuel Uribarri Barutell, quien se encontraba al mando de una columna de unos 2.000 hombres. El capitán Uribarri había establecido un dispositivo de defensa a lo largo de la sierra de Guadalupe, en una línea que se extendía desde Navalmoral de la Mata hasta Oropesa, que se mostró incapaz de detener el avance de las tropas menos numerosas pero más experimentadas en combate al mando de Yagüe. Ante el peligro cierto de verse copadas por el enemigo, las tropas gubernamentales huyeron en masa abandonando un importante botín de municiones, armas y material sanitario.

La siguiente operación tendría como objetivo el cruce del Tajo por Almaraz y la ocupación de Navalmoral de la Mata. El avance se realizó en tres frentes a cargo de Yagüe, Asensio y Castejón. De nuevo, las tropas gubernamentales de Riquelme, a pesar de su superioridad numérica y de los refuerzos llegados desde Madrid, no pudieron detener el avance que, hacia finales de agosto, se encontraba a la altura de Talavera de la Reina. La sucesión repetida de fracasos en el frente del Tajo provocó la destitución fulminante del general Riquelme, que fue sustituido de forma interina por el coronel Salafranca.

El 3 de septiembre, las tropas sublevadas iniciaban un nuevo ataque envolvente contra Talavera. Otra vez, ante la posibilidad de verse cercados por los sublevados, las tropas gubernamentales ahora bajo el mando del general Asensio Torrado, nuevo jefe de operaciones, abandonaron la ciudad. A pesar de los intentos de contraataque y del fuerte bombardeo con medios aéreos y artilleros al que fue sometida la población, las tropas gubernamentales fueron incapaces de recuperar la plaza.

El fracaso de la defensa de Talavera provocó la caída del gobierno de José Giral, sustituyéndole en el cargo el socialista Francisco Largo Caballero, quien se reservó asimismo la cartera del ministerio de la Guerra. A pesar de su ideología próxima a los movimientos revolucionarios, el objetivo prioritario del nuevo gobierno fue poner orden en el caos que se había adueñado del ejército republicano, haciendo especial hincapié en la necesidad de subordinar las milicias de partidos y sindicatos al ejército regular. Se intentaba de este modo que las milicias, que hasta entonces habían actuado de forma autónoma, contribuyeran de forma eficaz al esfuerzo de guerra. Largo quería evitar algo que venía sucediendo hasta entonces con demasiada frecuencia, esto es, que

las diferencias entre facciones frentepopulistas, sobre todo social-comunistas y anarquistas, facilitaran la labor del enemigo. Sin duda, hay que buscar en el comportamiento anárquico y muchas veces enfrentado entre sí de las diferentes milicias, la causa principal del calamitoso estado en que se encontraba el ejército gubernamental a comienzos de septiembre de 1936.

Con este objetivo en mente, Largo Caballero se apoyó para sus fines en una serie de militares profesionales (Asensio Torrado, Miaja o Rojo, por citar algunos de los más conocidos) que imprimieron una mayor disciplina a las milicias, lo que a su vez se tradujo en una mayor eficacia en el esfuerzo bélico que iba a cristalizar poco tiempo después con la formación de frentes y el fin de avances tan rápidos como los que se habían producido hasta ahora. En este sentido destaca el papel desempeñado por el general Asensio Torrado en la retirada de Talavera, que implicó la construcción de un potente sistema de fortificación escalonado entre Santa Olalla, Maqueda y Escalona, obra dirigida por el general de Ingenieros Masquelet. Su cierta eficacia y la constante llegada de refuerzos desde otras zonas controladas por el gobierno republicano, impidió a Yagüe explotar su éxito en Talavera. Sin embargo, la llegada a la zona de las tropas de caballería del Ejército del Norte al mando del coronel Monasterio, supuso un cierto alivio para las fuerzas atacantes, aunque las dificultades de avance por terreno llano fueron en aumento debido, tanto a la mayor entidad de las defensas construidas, como a la falta de apoyo aéreo con la que se realizaron la mayor parte de las operaciones.

3. La ofensiva sobre Toledo

A pesar del incremento en la efectividad de la resistencia, el avance del ejército sublevado continuó su marcha. El 24 de septiembre la columna de Yagüe había pasado Torrijos y tomado Barcience y Rielves, a unos 20 km. al noroeste de Toledo. El ataque sobre Toledo, dirigido por el propio general Varela, hacía necesario controlar el vado del río Guadarrama, lo que se consiguió el día 26 de septiembre sin demasiados problemas para el ejército expedicionario. Tropas conjuntas de legionarios y regulares lograron adentrarse hasta Bargas y Olías del Rey, en una acción que les permitió controlar la carretera de Madrid y cortar esta línea de comunicación estratégica para las tropas republicanas que combatían en la capital. Poco antes del inicio de la ofensiva el general Franco había urgido a Varela acelerar la operación sobre Toledo y liberar el Alcázar, donde el coronel Moscardó y sus defensores se encontraban en una situación crítica, acuciados por el hambre y los sucesivos asaltos de las tropas gubernamentales y milicias. La situación para los asediados no había hecho más que empeorar después de la voladura de gran parte del edificio tras la explosión de una gran mina el día 18 de septiembre.

Mientras tanto, logrado el primer objetivo de atravesar el Guadarrama hasta Bargas, las tropas de Varela consiguieron unirse con los legionarios y regulares del comandante Barrón en las lomas del cementerio, al norte de la ciudad. Desde allí esperaron la ocasión propicia para el definitivo asalto sobre Toledo.

En cuanto al dispositivo ofensivo, Varela hizo maniobrar a sus tropas en dos direcciones. La ya descrita hacia Bargas, para controlar la comunicación con Madrid y marchar desde allí en dirección sur hacia Toledo, y después, en un ataque directo, hacia la propia ciudad, donde habrían de converger ambos ataques. La primera operación fue ejecutada de forma exitosa por la 1ª Agrupación, al mando del comandante Mohammed ben Mizzian, compuesta por los legionarios de la V y VI Banderas del Tercio, los Tabores I y II de Regulares de Tetuán y una batería de artillería de apoyo. La acción sobre Toledo fue realizada también con éxito por la 2ª Agrupación, a las órdenes del comandante Barrón, compuesta principalmente por la I Bandera de la Legión y los Tabores I y II de Melilla.

Con todo, la operación de asaltar Toledo no era fácil a priori para el ejército atacante. En la ciudad y sus alrededores el gobierno republicano había desplegado una gran fuerza bélica de cerca de 13.000 hombres, con refuerzos provenientes de la retirada de Extremadura y tropas de refresco llegadas expresamente desde Madrid. Al mando de esta fuerza se hallaba el general Asensio Torrado, militar profesional con una brillante hoja de servicios y uno de los más capacitados de todo el Ejército Popular. Asensio dispuso sus tropas en dos columnas: la columna de Campo o Bernal, compuesta por unos 3.000 hombres, la mayoría replegados del frente extremeño, encargada de la defensa de los sectores norte y oeste hasta la localidad de Azucaica, y la columna de Plaza, de unos 4.000 hombres, diseminada a lo largo de toda la ciudad. La manifiesta superioridad numérica

gubernamental se equilibró, sin embargo, cuando las columnas de Uribarri y Fernández Navarro (en total unos 6.000 hombres) se retiraron al sur del Tajo nada más comenzar los enfrentamientos. Ahora, las tropas de Varela se enfrentaban a un enemigo similar en proporción numérica, pero abiertamente inferior en cuanto a su preparación y experiencia en combate.

El domingo 27 de septiembre se dio la orden de atacar Toledo. La operación coincidió con el último intento de tomar el Alcázar. El plan consistía en incendiar la fortaleza mediante el bombeo de 6.000 litros de gasolina. La operación, no obstante, fue desbaratada por una granada lanzada desde el interior de la fortaleza que incendió el combustible y provocó la muerte de los asaltantes. Al mismo tiempo que esto ocurría, desde el norte, avanzaban hacia la ciudad en un esfuerzo conjunto las tropas de Mizzian y Barrón sin encontrar gran resistencia, ya que el enemigo había sido forzado a retirarse ante la posibilidad de quedar copado entre dos fuegos. Mientras las tropas republicanas abandonaron la mayor parte de sus posiciones y dejaron la ciudad a merced del ejército de Varela. Una parte del I Tabor de Regulares de Tetuán se adentró hacia el interior de la población con orden de contactar con los resistentes del Alcázar, mientras otra compañía ayudaba a los legionarios de la V Bandera del Tercio a vencer la resistencia de un grupo de Guardias de Asalto que se habían hecho fuertes entre los muros del Hospital de Tavera. El mismo día 27 los legionarios de la V Bandera entraban definitivamente en la ciudad y contactaban con los sitiados del Alcázar.

El día 28 las tropas regulares del II Tabor de Melilla rechazaron un contraataque republicano en la zona de la Fábrica de Armas y la I Bandera de la Legión logró acceder a la ciudad por la puerta del Cambrón. Mientras tanto, los hombres de las columnas Bernal y Burillo se retiraron desordenadamente hacia el sur y el este de la ciudad. A la confusión del momento se unieron el bombardeo de las posiciones por parte de la aviación republicana, que por error batió con fuego amigo a las tropas en retirada, y los lanzamientos de mortero realizados desde el propio Alcázar. En pleno desorden, un grupo de milicianos quedó aislado entre las ruinas del Seminario conciliar, donde, después de incendiar el edificio, decidieron poner fin a sus vidas. Algunos focos aislados de resistencia se dieron también en la casa de los Hermanos Maristas y otros puntos de la ciudad, pero en general el desconcierto de las tropas republicanas fue total y la retirada sumió a los restos del ejército gubernamental en el caos.

La defensa del Alcázar de Toledo constituye sin duda uno de los episodios más célebres de toda la guerra civil. La conocida como liberación del Alcázar después de más de dos meses de asedio, fue un suceso que conmocionó a la opinión pública mundial y que lógicamente encontró amplio eco en la prensa internacional del momento. Es innegable que, en lo estrictamente militar, la toma de Toledo no fue un hecho de armas destacado —al menos no mayor que el resto de la campaña del Tajo—, pero sus connotaciones propagandísticas y de imagen supusieron un importante éxito para la causa de los sublevados. No sólo el Alcázar había sido *liberado*, sino, lo que es aún más importante, la capital histórica del antiguo reino y la sede primada de España —con la clara asociación de trono y altar que ello representa en el ideal de los rebeldes— estaban ahora en manos de los sublevados. Pero dentro del bando *nacional* la conquista de Toledo supuso, además, un impulso a la figura del general Franco, quien saldría fortalecido dentro del directorio militar que lideró la sublevación. Pocos días antes, entre el 21 y el 28 de septiembre, Franco había sido elegido jefe supremo por una Junta de generales reunidos a tal efecto en el aeródromo de San Fernando, cerca de Salamanca. No cabe duda que, muerto en accidente de aviación Sanjurjo, que era en principio el general destinado a liderar el movimiento sedicioso, Franco era el militar con mayor prestigio de todos los alzados. Aunque esto era obvio, teniendo en cuenta su historial de campaña en Marruecos y su paso como director de la Academia General de Zaragoza (1928-1931) y como jefe del Estado Mayor Central, en 1935, durante el bienio derechista, es evidente que la liberación del Alcázar fue el hecho que terminó por reportarle una aureola de fama internacional que nunca llegaría a ostentar ningún otro de los sublevados.

4. La estabilización del frente: el Frente Sur del Tajo

Los enfrentamientos relacionados con el Alcázar constituyen un episodio espectacular de la batalla de la propaganda entonces librada que alcanzó repercusiones internacionales. La importancia y trascendencia dada a estos hechos en los años de guerra y décadas después, han conseguido eclipsar el resto de la guerra civil en Toledo. Y, sin embargo, es un hecho indiscutible que la ciudad con-

tinuó siendo a lo largo de todo el conflicto un punto sensible dentro de la confrontación que ambos bandos mantuvieron durante otros dos largos años más de contienda.

Después del fracaso de los contraataques republicanos sobre los sectores de Seseña, Illescas y Torrejón de Velasco, el frente había quedado estabilizado en una línea que seguía prácticamente el curso del Tajo, desde el Puente del Arzobispo hasta unos 6 km al oeste de Aranjuez, donde giraba hacia el norte siguiendo el curso del Jarama. A lo largo de ambas orillas los dos bandos construyeron complejos sistemas de fortificación (blocaos, trincheras, búnqueres, etc.) que hicieron posible el establecimiento de un verdadero frente de guerra. Para el gobierno republicano este sector constituyó el denominado Frente Sur del Tajo (FST). Éste estaba dividido en dos sectores: el sector de Talavera, al Oeste, y el sector de Aranjuez, al Este. La defensa del frente se encargó a la 9ª División, compuesta por las Brigadas Mixtas LXII, XLVII, XLVI (donde a la sazón militaba como mayor el muralista mexicano David Alfaro Siqueiros) y XLV, a las que posteriormente se añadiría la CXIII, encargada del sector central. El mando de la división recayó en el teniente coronel Ricardo Burillo Stholle. La División estaba integrada en la Agrupación Autónoma Tajo-Extremadura, con parte del III Cuerpo del Ejército del Centro. Es importante subrayar el alto componente campesino de muchas de estas unidades, exceptuando el caso aislado de la B.M. CXII, que era de nueva recluta y, a diferencia de otras unidades del Ejército Popular, contaba con un cuadro de oficiales profesionales.

En marzo de 1938 fueron retiradas de este frente algunas unidades, como la B.M. LXII y varios batallones de la B.M. XLV, para su traslado a los frentes de Aragón y del Jarama. Y es que, a pesar de algunos intentos de ruptura del frente, el FST disfrutó de relativa calma durante el resto de la contienda; tranquilidad sólo salpicada de algunas escaramuzas aisladas entre las patrullas que vigilaban ambas orillas del río, lo que dio lugar a que se pudiera realizar vida de guarnición. De este modo, el FST se mantuvo prácticamente intacto, excepto en su sector occidental, hasta el final de la contienda. No obstante, hubo diversos intentos de ruptura por ambas partes, fundamentalmente en el entorno de la ciudad de Toledo que, a pesar de la dureza de los combates que ocasionaron, apenas tuvieron significación en lo que se refiere a la variación de los límites del frente.

5. Los intentos de ruptura del FST

5.1. El combate del cerro de los Palos o ampliación de la cabeza de puente de San Martín (7-13 de mayo de 1937)

El combate del cerro de los Palos o ampliación de la cabeza de puente de San Martín fue el primer intento serio de ruptura del frente. La operación fue ideada por el recién ascendido general Yagüe, jefe de la División de Madrid nº 4, y pretendía la ampliación de las cabezas de puente en los accesos a Toledo por los puentes de San Martín y Alcántara. En ambos puentes existían pequeñas avanzadas sobre territorio republicano sin conexión entre sí. En el caso del puente de Alcántara, esta cabeza de puente se introducía unos 3 km en dirección SE hacia el campamento de los Alijares, lo que permitía controlar y proteger la estación de ferrocarril. En el puente de San Martín, esta cabeza de puente era menor, apenas 1 km hacia el Sur, llegando hasta Malpán, la cota Dolores y el cigarral de Menores. El problema es que esta situación permitía a la artillería republicana batir la ciudad desde los cerros circundantes con observación directa del objetivo —lo que permitía además rectificar el tiro— y dejaba expuesta a la capital a un posible golpe de mano del ejército republicano.

La idea de Yagüe consistía en ampliar las dos cabezas de puente, apoderarse de las alturas dominantes y del espacio contiguo para enlazar ambas. Sin embargo, debido a la restricción de fuerzas, el plan finalmente aprobado por el general Saliquet sólo preveía la ampliación de una de las cabezas de puente, la de San Martín.

La operación se inició en la madrugada del 7 de mayo y cogió por sorpresa a las tropas republicanas mandadas por los tenientes coroneles Uribarri y Ropero, las cuales, en total desconcierto por lo que creían una ofensiva general, abandonaron las posiciones a la desbandada sin apenas lucha. Los legionarios y regulares que habían llevado la iniciativa del combate fortificaron rápidamente sus posiciones e hicieron acopio de municiones y armas apretándose a la defensa. Líster llegaría a culpar de la derrota a la incapacidad de Uribarri, a quien juzgó con duras palabras, llegando a calificarlo de "señor feudal" y a sus hombres de "ladrones" (por los desmanes cometidos en la zona), pero éste, protegido por Indalecio Prieto, lejos de ser sancionado por ello, fue trasladado a Valencia donde se hizo cargo del SIM

(Servicio de Información Militar). Dos años después, en mayo de 1938, sería declarado traidor a la República y procesado por un delito de asesinato y malversación de fondos, aunque lograría salvar la vida y huir a Francia.

El éxito de la ofensiva *nacional* causó una gran alarma dentro del Estado Mayor del Ejército del Centro republicano. Una orden firmada por el teniente coronel Vicente Rojo consideraba la operación como una posible ofensiva destinada a romper el FST y enviaba para evitarla a una de las mejores unidades que disponía el Ejército republicano: la 11ª División de Enrique Líster. La operación estaría bajo el mando del coronel Arturo Mena Roig, comandante en jefe de la Agrupación Autónoma de Extremadura-Sur del Tajo.

Después de un *impasse* de dos días destinado a la reagrupación de tropas, el 9 de mayo el coronel Mena dio la orden de contraatacar las posiciones *nacional*es. La acción principal se desarrolló en torno al cerro de los Palos, interviniendo en los combates unos 6.000 hombres por parte de los *nacionales* (5 banderas del Tercio, 2 Tabores de Regulares, Tiradores de Ifni y de Ifni-Sahara, a los que hay que sumar 11 baterías de artillería, 1 batería antiaérea y varias piezas antitanque), y unos 10.000 por parte republicana (la 11ª División de Líster reforzada por diversos batallones procedentes de las B.M. XLVII, XLVI y XLV), que contaban con el apoyo de 3 ó 4 baterías de artillería, una Compañía de 12 carros de combate T-26 B-1, una Compañía de autos blindados y un tren blindado que operó sobre Azucaica como señuelo. El mando republicano dejó a la B.M. CXIII como reserva.

El combate fue de gran dureza, llegando en ocasiones a la lucha cuerpo a cuerpo en las trincheras. Las tropas de la 11ª División, amparadas tras los carros de combate, realizaron un primer ataque sobre el flanco izquierdo de las posiciones *nacional*es, para atacar después el sector central de sus defensas. La lucha fue encarnizada por ambas partes, en parte por la calidad de las tropas empleadas (como muestra baste decir que la VIII Bandera del Tercio lograría la Cruz Laureada Colectiva de San Fernando en una de estas acciones o que uno de los oficiales que defendía una posición en el área de los cigarrales, el alférez provisional Juan José Orozco Massieu, consiguió la Cruz Laureada Individual), en parte también por lo que se jugaban sus mandos: Líster perseguía demostrar la disciplina y capacidad de combate del Ejército Popular a los milicianos y soldados que habían huido ante el avance de los *nacional*es; Yagüe, por su parte, no podía empañar su impecable hoja de servicios con el fracaso de una operación ideada por él mismo (si bien, es cierto, rebajada en cuanto a sus dimensiones) y menos en un frente secundario.

La ofensiva terminó el día 13 con el mantenimiento de un cierto *status quo* en la zona que, por un lado, permitía a los *nacional*es mantener las posiciones ganadas el día 7, pero a costa de que algunas alturas quedaran en manos republicanas. De esta forma, la ciudad continuaba expuesta a observación directa y al fuego artillero de los republicanos. Además, éstos mantuvieron un pequeño saliente en torno al palacio de la Sisla y los cerros del Valle, de manera que las dos cabezas de puente *nacional*es continuaban sin conexión directa. Los combates provocaron una pequeña reordenación del frente que terminó de definirse por la construcción de nuevas trincheras y blocaos, algunos separados entre sí por escasos metros, que crearon un gran frente discontinuo que resultó infranqueable para las tropas enfrentadas.

De todas formas, la acción dejó un cierto regusto de fracaso en el bando republicano, sobre todo por los limitados objetivos alcanzados en relación con los medios empleados para ella. De hecho, Líster culparía a la ineptitud de la intendencia republicana del fracaso de la contraofensiva. Las bajas fueron numerosas por ambos bandos: los *nacionales* reconocieron oficialmente 1.098 bajas (217 muertos y 881 heridos) y se calcula en unas 3.000 el número de bajas por parte republicana (entre 600 y 700 mortales). En cualquier caso, el combate del cerro de los Palos fue el más señalado de este FST, tanto por la dureza de los enfrentamientos como por los efectos que de él se derivaron.

5.1.1. La ampliación de la cabeza de puente de Alcántara (26 de septiembre de 1937)

Se trata de una nueva iniciativa *nacional* que en parte resultó consecuencia de la acción anterior. Esta nueva operación retomaba la idea original de Yagüe de intentar unir las cabezas de puente de Alcántara y San Martín ocupando el sector de la carretera del Valle que separa ambas hasta el palacio de la Sisla y la Casa de la Legua. El combate deparó unos 200 muertos por parte republicana y menos de una decena por parte *nacional*.

5.1.2. Combates de la cuesta de la Reina (12-16 y 19-28 de octubre de 1937)

A mediados de octubre de 1937, el mando republicano iniciaba una ofensiva destinada a envolver y cortar el saliente del frente al E de Seseña para dominar el vértice Reina, una altura que permitiría una ventaja táctica en el sector. Después de varios ataques republicanos, la ofensiva fracasó, dejando unas 1.500 bajas por parte republicana y cerca de 850 por parte *nacional*.

5.1.3. Tercer intento de ampliación de las cabezas de puente de Toledo (1 de marzo de 1938)

El 1 de marzo de 1938 las tropas *nacionales* realizan una operación sobre la atalaya de las Nieves. El ataque fue llevado a cabo por la I Brigada de la 107ª División, al mando del teniente coronel Luis Izquierdo Carvajal. Confiados en el factor sorpresa, este nuevo ataque, breve e intenso, supuso el único fracaso *nacional* en la zona al ser repelido por los defensores republicanos atrincherados en dicha atalaya, quienes pusieron en fuga a las fuerzas atacantes que dejaron por el camino cerca de un centenar de bajas con todas sus armas y bagaje. Se trata de la única operación en la que las tropas *nacionales* sufrieron una derrota sin paliativos, asunto que motivó un apercibimiento por parte del general Franco en orden a evitar acciones semejantes.

5.1.4. Ataque republicano a la cabeza de puente de Talavera de la Reina (26 y 27 de marzo de 1938)

El ataque republicano contó en un principio con el factor sorpresa, llegando a ocupar la mayor parte del sector oriental de las posiciones *nacionales*. Sin embargo, el día 27 un contraataque llevado a cabo por tropas legionarias, regulares y requetés lograba desalojar a las tropas republicanas, manteniendo la cabeza de puente. Los partes hablan de 238 bajas por parte *nacional* (59 de ellas prisioneros) y 335 bajas republicanas (212 muertos, 120 prisioneros y 3 pasados).

5.1.5. Rectificación del sector occidental del FST

Se trata de una nueva iniciativa del bando nacional. La operación supuso la conquista territorial más extensa de toda la contienda. Se realizó en dos fases. La primera, desarrollada el 19 de julio de 1938, entrañó un ataque diversivo desde el Puente del Arzobispo que ocupó las plazas de Azután y Navalmoralejo. El esfuerzo principal se desarrollaría, sin embargo, entre los días 21 y el 23 de agosto como parte de una operación más amplia que entrañaba el cierre de la bolsa de Mérida. El éxito de la ofensiva *nacional* deparó a los rebeldes la conquista de la comarca de La Jara y el control de la carretera del Puerto de San Vicente-Puente del Arzobispo. La derrota republicana tuvo gran repercusión en el plano político provincial. Las bajas reconocidas por los *nacionales* ascendieron a 732, por 2.311 bajas del ejército del Frente Popular.

6. Valoración de las operaciones realizadas en el FST

Una vez estabilizado el frente tras la conquista de Toledo por el ejército expedicionario, el FST fue considerado a lo largo de la contienda como un frente secundario, destinado a operaciones de escasa envergadura. No obstante, tanto el Estado Mayor republicano como el *nacional* se apercibieron de su relativa importancia, sobre todo por parte republicana, dada la posibilidad de romper de nuevo la comunicación entre el Ejército Expedicionario y el Ejército del Norte. Así, un plan concebido por Vicente Rojo y Largo Caballero —el denominado "plan P"— pretendía la ruptura del frente en su sector occidental, en dirección a Cáceres, con la intención de romper de nuevo las líneas enemigas y cortar en dos la zona dominada por los *nacionales*. El plan, sin embargo, nunca llegó a ponerse en práctica, bien por razones militares o bien por motivos políticos que desaconsejaron esta operación. La misma propuesta se retomó en noviembre de 1937, ya con el gobierno Negrín, pero fue finalmente desechada por dos veces a instancias de Indalecio Prieto y los comunistas, que prefirieron concentrar esfuerzos en una ofensiva en el frente aragonés. Un nuevo intento, esta vez desde el norte de Córdoba, efectuado en enero de 1939, fue prontamente abandonado al conocerse la caída de Barcelona.

Aunque menos importante para el bando *nacional*, al que le bastaba con defender sus posiciones, el Frente Sur del Tajo también fue objeto de algunos planes de ataque. Así, en agosto de 1938 el Estado Mayor de Franco dictó unas instrucciones reservadas para romper dicho frente a la altura de La Puebla de Montalbán mediante un ataque en dirección a Las Ventas con Peña Aguilera, que embolsaría el sector occidental del frente

y controlaría a su vez los Montes de Toledo, lo que pondría bajo amenaza todo el territorio manchego. Otras instrucciones de septiembre de ese mismo año proponían una ruptura del frente en tres puntos: La Puebla de Montalbán, el puente de San Martín de Toledo que volvía a demostrar así su destacado valor estratégico, y la estación de Algodor.

II. El proyecto "el paisaje cultural de la ciudad de toledo: los cigarrales" y la arqueología de la guerra civil española

El proyecto "El paisaje cultural de la ciudad de Toledo: Los Cigarrales" trata de obtener una primera imagen de los diferentes paisajes culturales generados en una ciudad tan importante desde el punto de vista histórico y patrimonial, como es Toledo. Con él intentamos definir las principales formaciones culturales que podemos diferenciar en su término municipal y realizar el estudio exhaustivo de una de ellas, la de los Cigarrales, que sirva de ejemplo metodológico para futuros estudios. Los trabajos realizados nos están permitiendo conocer la formación de paisajes culturales muy diferentes que han contribuido a definir el que conocemos en nuestros días. Entre ellos, uno de carácter efímero que tiene que ver con la aparición del Frente Sur del Tajo al que acabamos de hacer referencia.

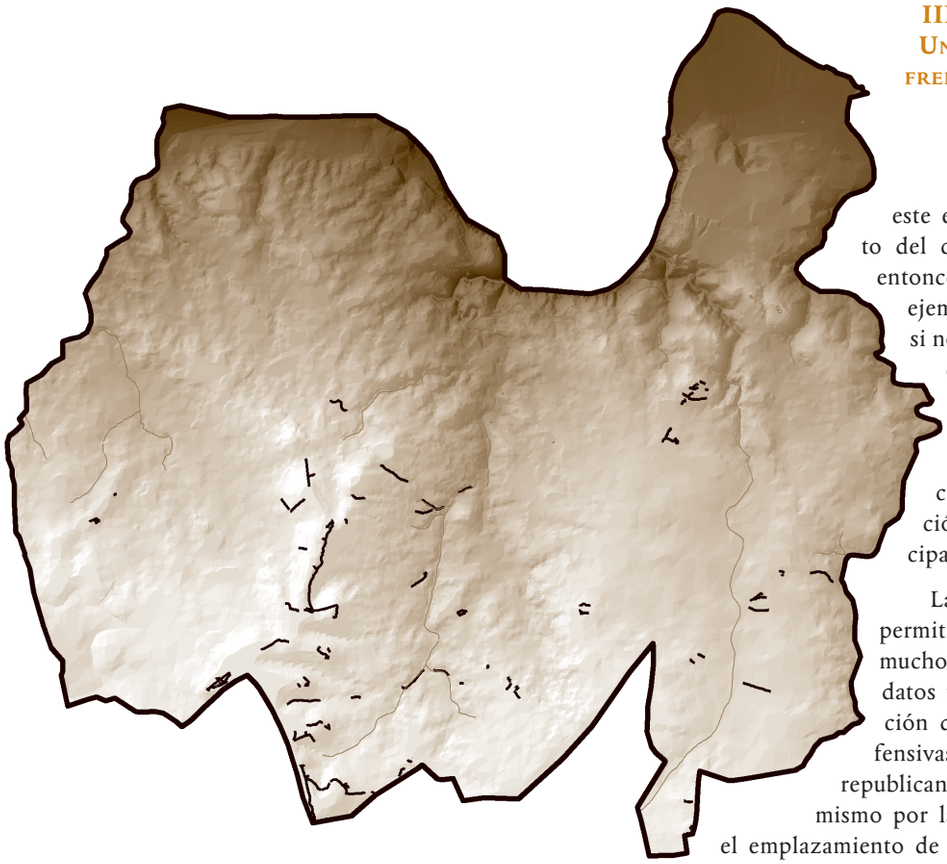
El estudio de la guerra civil española en la ciudad de Toledo ha ocupado miles de páginas. Sin embargo, la gran mayoría de ellas, salvo excepciones, se centran en el episodio del Alcázar olvidándose de la constitución de un amplio frente al sur del río Tajo y, por lo tanto, en las inmediaciones de la población. Frente que se mantuvo activo a lo largo de la guerra y que tuvo como reflejo la construcción de uno de los sistemas defensivos más importantes de la contienda española, similar a los mejor conocidos de Madrid, Ebro, etc.

En los últimos años se ha producido la creciente sensibilización de los arqueólogos hacia este período histórico. Este interés ha permitido que se documenten cada vez más sistemas defensivos, aunque se tienda a utilizar modelos teóricos algo simplistas. A ello se debe que la práctica totalidad de los trabajos realizados aborden su estudio de manera puntual, es decir, se parte del estudio puntual de las fortificaciones consideradas de forma aislada, al margen de su interpretación en un sistema general. Un tipo de investigación ocasional que tampoco aborda el estudio de la cultura material asociada ni su posición en el espacio, que son los que aportan los datos necesarios para reconocer los hechos ocurridos y adscribir la posición a un bando u otro.

El presente estudio ha realizado una documentación exhaustiva de la totalidad de las posiciones defensivas generadas en la construcción del Frente Sur del Tajo, estudiando todos los elementos como una unidad (Figs. 1 y 2). La documentación generada se ha traspasado a un Sistema de Información Geográfica para poder

Fig. 1. Mapa con la ubicación del sistema de fortificaciones de la Guerra Civil en el término municipal de Toledo.

Fig. 2. Mapa con la ubicación del sistema de fortificaciones en el área cigarralera.



abordar el estudio de las estructuras documentadas a diferentes escalas (Figs. 3A, 3B y 4).

De acuerdo con las propuestas metodológicas que hemos utilizado y debido a la parquedad de las fuentes documentales disponibles, se ha utilizado la cultural material asociada —generalmente munición— para asignar las posiciones a cada bando y sus diferentes cambios. Los trabajos de prospección han sido intensivos en la zona de trabajo que hemos definido como área cigarralera. Su ejecución se ha realizado con el apoyo del estudio de la fotografía áerea, tanto actual como de vuelos antiguos, así como de la cartografía histórica. Con posterioridad, se realizó un trabajo de campo más complejo que ha permitido el levantamiento topográfico de cada una de las posiciones documentadas y la recogida sistemática y mapeado de la cultura material asociada.

III. El cigarral de Menores. Un escenario de guerra en el frente sur del Tajo. Propuesta de reconstrucción de los enfrentamientos

En el presente trabajo se avanza este estudio referido al caso concreto del cigarral de Menores, propiedad entonces del doctor Marañón, como ejemplo metodológico. En este caso, si nos ciñéramos al estudio de la documentación histórica, tan sólo estaría atestiguada la ocupación del cigarral por las tropas republicanas al principio de la contienda, así como la destrucción parcial de la edificación principal.

La prospección arqueológica ha permitido documentar una situación mucho más complicada. Los primeros datos tienen que ver con la construcción de un sistema de trincheras defensivas por parte de los contingentes republicanos y la posterior ocupación del mismo por las tropas *nacionales* que implicó el emplazamiento de nuevas posiciones por parte de éstos —Cigarral 1 y 3— (Figs. 5 y 6). La excavación de una de estas posiciones —Cigarral 3—, que aprovechaba una antigua edificación del siglo XVI/XVII, nos permite conocer con cierto detalle el desarrollo de los acontecimientos bélicos a lo largo de la contienda.

La estabilización del frente en torno al Tajo acentuó el valor estratégico de los puentes de Alcántara y San Martín. Al mismo tiempo, también cobraron importancia estratégica los cerros que dominan la ciudad de Toledo donde se hallan enclavados los famosos cigarrales. Como es sabido, estos cigarrales toledanos son casas de campo construidas sobre los cerros graníticos del entorno de la ciudad, dedicadas al cultivo de árboles, frutales de secano y viñedos, pero sobre todo ligadas al ocio y recreo de las clases acomodadas. Es un tipo de construcción que parte del aprovechamiento de antiguas fincas cercadas medievales y se documenta desde la segunda mitad del siglo XVI, en la que aparece vinculado al ocio de los humanistas de la ciudad y a su deseo de

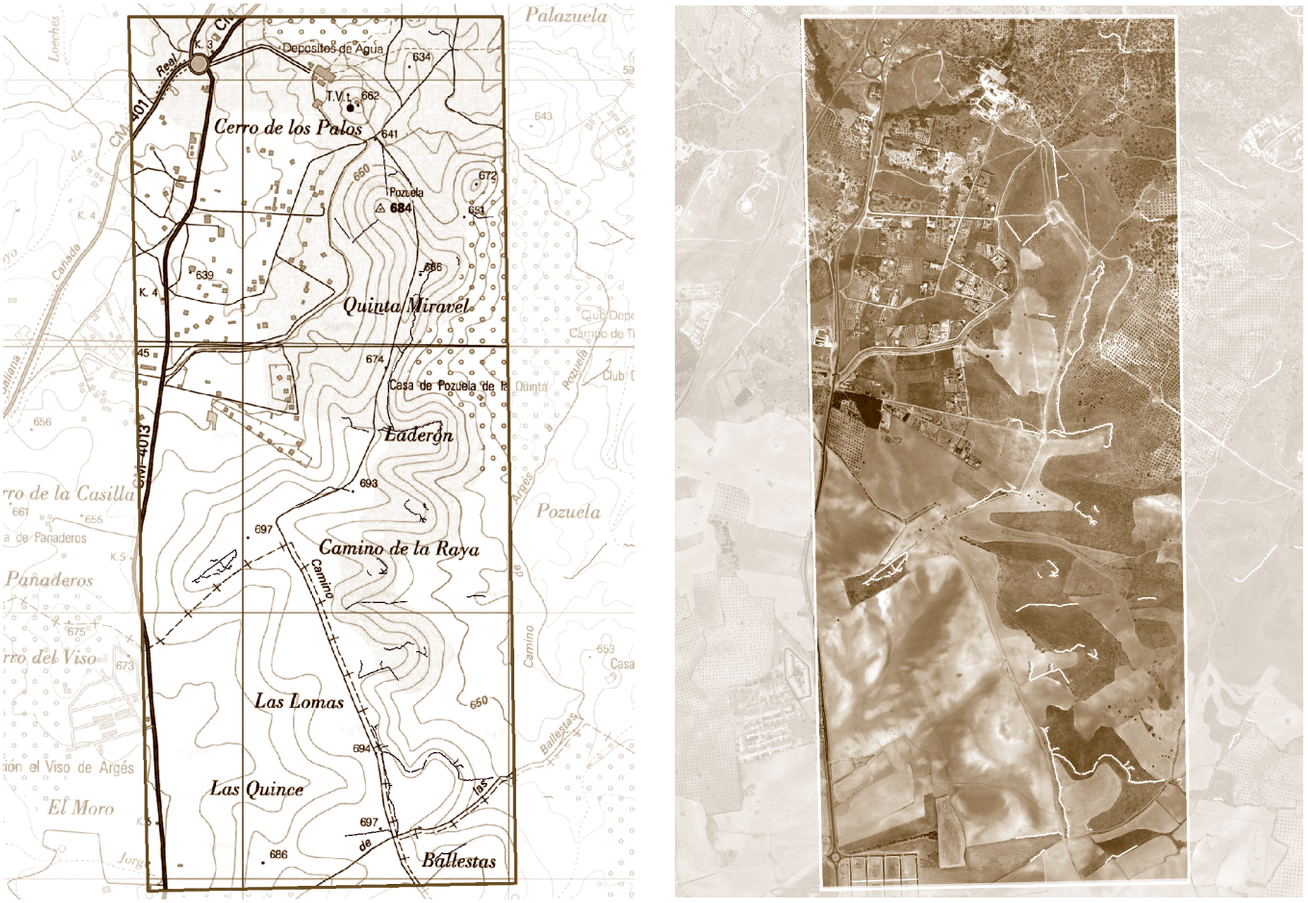


Fig. 3. A y B. Planimetría y fotografía aérea con el emplazamiento de las estructuras inmuebles en el sector del Cerro de los Palos.

disfrute del paisaje. El jesuita Jerónimo Román de la Higuera explicaba a comienzos del siglo XVII que recibían este nombre "porque en el estío cantan allí mucho las cigarras." El diccionario de la Real Academia Española, por su parte, los define como una "casa de recreo y huerto que la rodea, en los alrededores de Toledo, con vistas sobre la ciudad." Para esa época el concepto de cigarral sufrirá una transformación al orientarse hacia modelos próximos a las villas palaciegas renacentistas, lo que se traduce en una mejora sustancial de las estructuras arquitectónicas y un considerable aumento de los espacios ajardinados. En la actualidad, de la veintena de cigarrales que aparecían en la relación de Tirso de Molina en 1624, apenas sobreviven siete u ocho identificables. Entre ellos merecen destacarse el palacete renacentista del cardenal Quiroga y el cigarral de Menores, el más modesto de todos los citados, pero el que mejor conserva las características arquitectónicas y paisajísticas atribuidas a este tipo de construcciones.

El cigarral de Menores es una obra que se remonta a comienzos del siglo XVII cuando D. Jerónimo de Miranda y Vibero, canónigo de la catedral de Toledo, encargó al arquitecto Juan Bautista Monegro la construcción de un convento para la Orden de los Clérigos Menores de San Francisco Caracciolo. Terminado a principios de 1619, el convento es de traza sencilla, de dos plantas y lonja de tres arcos sobre columnas toscanas. El conjunto se ordena en diversos planos a través de varios aterrazamientos, integrados armoniosamente gracias a un cuidado juego de plazoletas, fuentes y jardines. El edificio de Monegro mantuvo su carácter religioso hasta que en 1821 se vio afectado por la desamortización eclesiástica ordenada por el gobierno liberal.

Fig. 4. Detalle de las estructuras documentadas en el Cerro de los Palos.

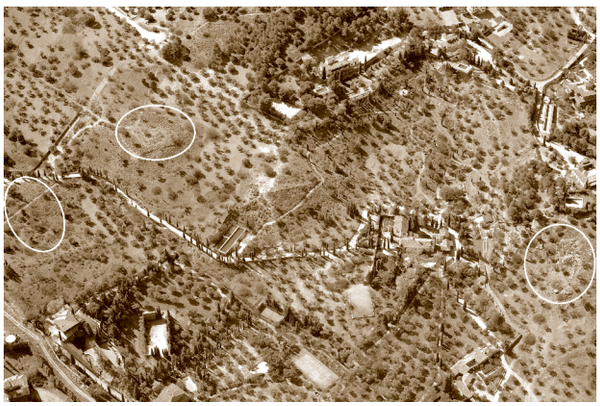


Fig. 5. Fotografía aérea con las ocupaciones de la guerra civil española en el cigarral de Menores –trincheras y posiciones.

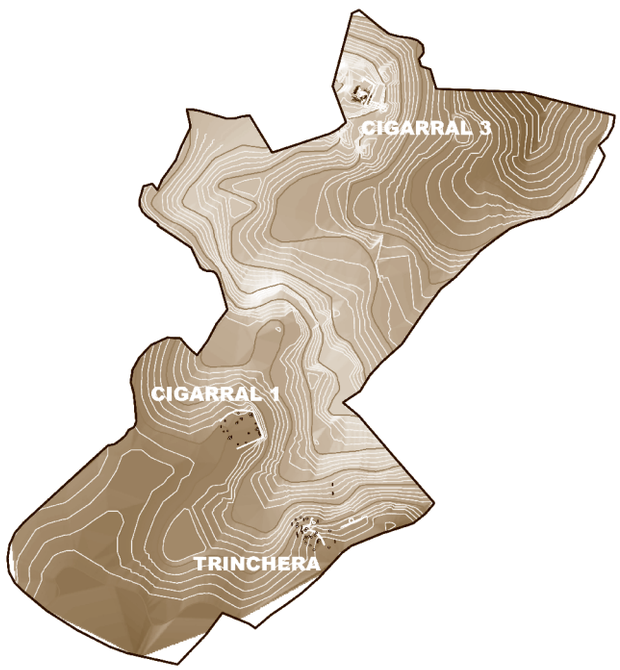


Fig. 6. Planimetría de las ocupaciones de la guerra civil española en el cigarral de Menores.

Un siglo más tarde, en 1921, el edificio, en estado completamente ruinoso, fue comprado por Gregorio Marañón, quien acometió una notable restauración de los principales elementos conservados en la finca. Precisamente la revalorización y recuperación de este entorno cigarralero en la década de los años 20 del pasado siglo, vino de la mano de un grupo de intelectuales agrupados en torno a las generaciones del 14 y del 27, entre los que destaca por su fuerte vinculación con la ciudad de Toledo la figura del propietario de la finca que ha sido objeto de nuestro estudio. Tras el acondicionamiento del cigarral de Menores, el lugar se convirtió en un importante centro de la vida política y cultural del país, al utilizarse como centro de reuniones a las que asistían personalidades de la talla de Manuel Azaña, Ramón Pérez de Ayala o Federico García Lorca. Esta evolución del cigarral desde su pasado como finca agraria a centro social y cultural quedó, sin embargo, frustrada por el estallido de la guerra civil y la conversión de la ciudad de Toledo y de su Alcázar en objetivo militar.

Después de la toma de Toledo por las tropas *nacionales* todo este sector alcanzó una notable importancia como amenaza latente de las posiciones recién adquiridas y como posible plataforma desde la que organizar una ulterior contraofensiva por parte del ejército republicano. Desde lo alto de estos cerros la ciudad quedaba expuesta a la observación directa de los militares republicanos, constituyendo de hecho una magnífica plataforma para el ataque artillero sobre Toledo y de modo

especial sobre la Fábrica de Armas, objetivo preferente de la artillería republicana. Fue precisamente esta circunstancia la que motivó que el Mando *nacional* trasladara la mayor parte de la producción de municiones a otras zonas más resguardadas del territorio controlado por los sublevados.

Dentro de este contexto de fijación del frente de guerra en torno al curso del Tajo se entiende la ocupación del cigarral de Menores por parte de las tropas de la 9ª División del Ejército Popular. Esta ocupación ha quedado atestiguada tanto por la documentación fotográfica (Fig. 7) y los partes de guerra de la época, como por la construcción de una trinchera orientada hacia la ciudad, cuyo trazado ha quedado registrado por la intervención arqueológica (Fig. 8). Dicha trinchera se ha podido documentar en la parte sureste de la zona de intervención y tiene asociadas varias estructuras: una más evidente de planta rectangular y un nido de ametralladoras que controla el paso de la carretera que conduce desde Toledo a Polán (actual CM-401). El material asociado, sin embargo, es claramente *nacional* y corresponde a los primeros intentos de ruptura del frente que implicó la conquista de las lomas que dominan Toledo al inicio de los combates de la batalla del cerro de los Palos. Su claro dominio es el reflejo arqueológico de un ataque rápido e intenso que no obtuvo respuesta por parte de las tropas republicanas que, simplemente, abandonaron la posición (Fig. 9).

Del conjunto de piezas documentadas destaca la munición, en su mayor parte percutida, que incluye, a partes casi iguales, proyectiles y casquillos, aunque también aparecen piezas sin disparar. La gran mayoría de

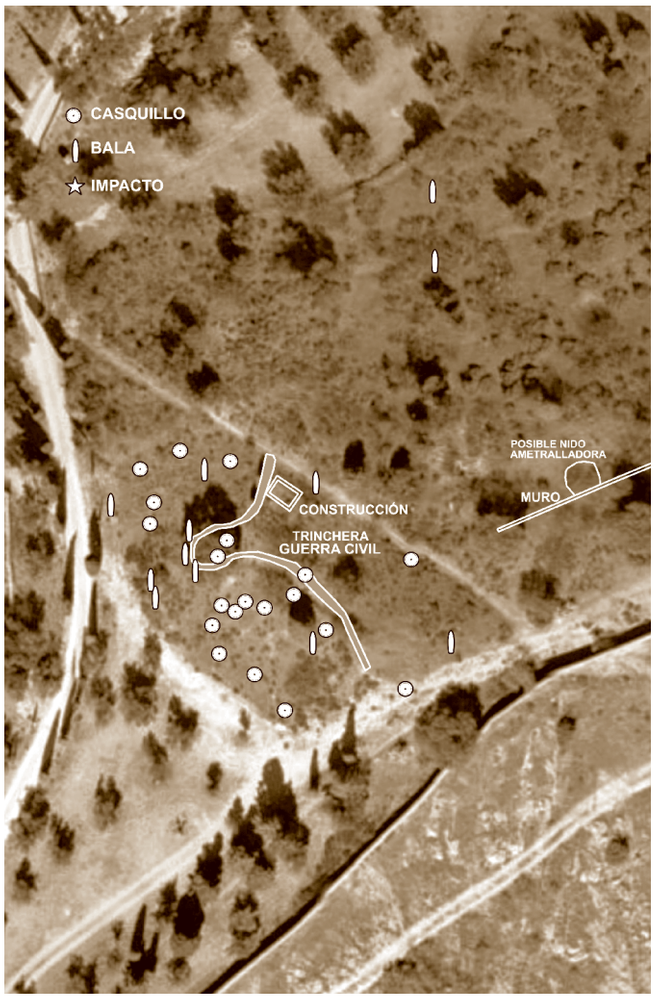


Fig. 9. Trinchera. Mapa con la dispersión de la munición.

Fig. 7. Tropas republicanas en el área cigarralera.

Fig. 8. Trinchera republicana en el cigarral de Menores.

la munición se corresponde al calibre 7.57 mm de punta redondeada y proceden de la Pirotécnica de Sevilla. También se han recogido algunas piezas realizadas en la Fábrica Nacional de Toledo, una en la Western Cartridge Co. De East Alton (Illinois) y otra con marcaje alemán y de procedencia desconocida. Junto a ellas se han documentado dos casquillos de pistola de 6 mm de la Unión Española de Explosivos, restos de un cartucho de espiga del calibre 16 fabricado por la Societé Française des Munitions, de Paris y tres proyectiles de plomo, posiblemente utilizados como metralla de mortero.

Volviendo al desarrollo de los acontecimientos, tras la toma de Toledo por las tropas de Varela, la ocupación *nacional* había quedado fijada en la margen occidental del río, con la ciudad de Toledo como punto más importante, y dos cabezas de puente en torno a los puentes de Alcántara, que incluía el castillo de San Servando y de San Martín. El dispositivo defensivo de la ciudad quedó fijado por el mando *nacional* en tres sectores: las fuerzas de Barrón se encargarían de la defensa del puente de San Martín y la Fábrica de Armas; el destacamento de la Academia defendería el puente de Alcántara, y las tropas del comandante Mizzian tendrían a su cargo el Hospital de Afuera, el arrabal de las Covachuelas, la plaza de toros, el Colegio de Huérfanos y las lomas del castillo de San Servando. Estas últimas, junto con las de Barrón, se encargarían también de la vigilancia del casco histórico.

Como ya se ha dicho, debido a su situación particular dentro del denominado Frente Sur del Tajo, Toledo quedaba en una posición muy expuesta tanto para la artillería como para un previsible contraataque republicano. Ambas circunstancias eran evidentes para el alto mando *nacional*, razón por la cual el general Varela, por entonces a cargo de la plaza, ordenó la realización de diversas operaciones destinadas a ampliar las reducidas cabezas de puente de Alcántara y de San Martín, y obtener así el control de los cerros ubicados al otro lado del cauce del Tajo que dominan la ciudad.

La operación más ambiciosa fue el intento de ampliación de la cabeza de puente de San Martín al que hemos hecho referencia al describir las principales operaciones realizadas en el tantas veces citado combate del cerro de los Palos, que se desarrolló entre los días 7 y 13 de mayo de 1937 y afectó directamente a este sector de los cigarrales. Entonces las tropas de Varela realizaron una incursión sobre los cerros de La Bastida, las Olivas de la Virgen, cerro de los Palos, cerro Pelao, vértice Pozuela, Las Lomas-Narizones y la dehesa de Loches.

La operación de ampliación de la cabeza de puente de San Martín y la subsiguiente desbandada de las tropas de Uribarri fueron interpretadas por el Estado Mayor del Ejército del Centro como un intento en toda regla de ruptura del Frente Sur del Tajo y avance *nacional*. A partir de ese momento el cerro donde se levanta el cigarral de Menores quedaría marcado como objetivo de una contraofensiva republicana. El peso de la operación fue encargado a la 11ª División de Líster, originándose entonces una lucha encarnizada entre ambos bandos contendientes, en la que se llegó incluso al combate cuerpo a cuerpo.

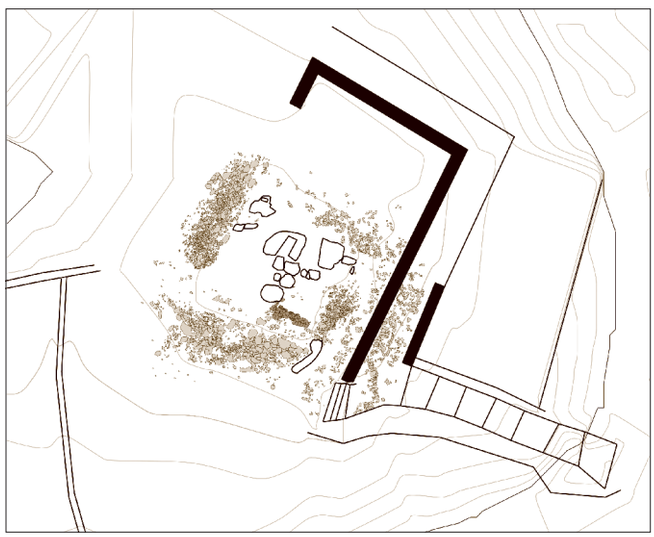


Fig. 10. Planimetría de la posición nacional aprovechando un cigarral del siglo XVI/XVII —Cigarral 3—

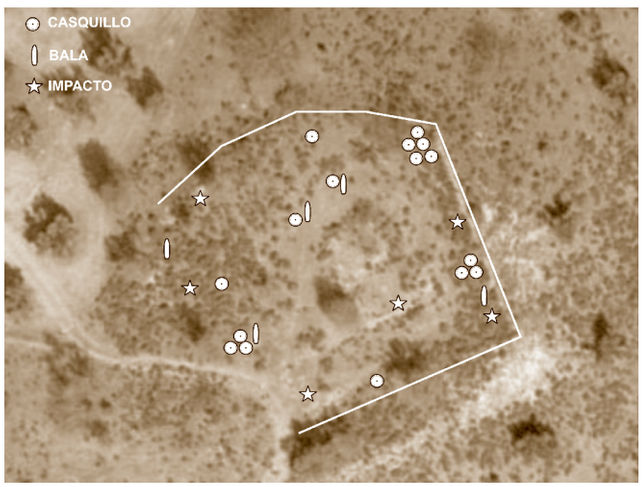


Fig. 11. Mapa de dispersión de la munición en el Cigarral 1.

Legionarios y regulares ocuparon posiciones en los sectores que hemos denominado Cigarral 1 y 3 —es decir, las pequeñas lomas existentes junto al cigarral de Menores que sobresalen en altura dentro del área de estudio—, atrincherándose en los mismos y levantando parapetos con escombros de construcciones anteriores (Figs. 12 a 14). Desde estas alturas, las tropas *nacionales* allí desplegadas consiguieron una excelente posición para controlar el entorno circundante.

Al mismo tiempo que las fuerzas de choque de legionarios y regulares se aprestaban a rechazar el previsible ataque de la infantería republicana apoyada por los carros de Líster, la artillería con la que contaban se encargaba de parar el avance de los blindados. En este caso el problema para los *nacionales* venía de la ausencia de piezas de artillería anticarro que pudieran detener una fuerza de choque como era la 11ª División republicana. La investigación arqueológica ha podido documentar en este punto algunas importantes novedades, como es el empleo por parte de la artillería *nacional* del cañón antiaéreo Flak 18, de 88 mm de fabricación alemana, como una efectiva arma anticarro (Fig. 15). El *Fliegerabwehrkanonen* 88 era un arma de fabricación conjunta germano-sueca elaborada por las empresas Krupp y Bofors. La iniciativa de utilizarlo como arma anticarro estuvo en este caso guiada por la necesidad, pero demostró ser una medida de gran eficacia a la hora de detener el avance de la 11ª División republicana de Líster y mantener así las posiciones conquistadas en el transcurso del combate del cerro de los Palos hasta el final de la contienda (Fig. 16). Como curiosidad debemos añadir que, años más tarde de su primera utilización como arma anticarro, el ejército alemán acabaría adaptando el *Fliegerabwehrkanonen* 88 para esta nueva misión, dotándole para ello de un visor telescópico y añadiéndole algunos cambios de diseño. Con ésta y otras mejoras ulteriores el Flak 18 resultaría particularmente efectivo en la campaña de Libia de 1941-42 durante la II Guerra Mundial.

La dureza de los combates relacionados con estos ataques y contraataques queda reflejada en el resto del material arqueológico localizado, en el que destacan numerosas anillas de granadas de mano de fabricación alemana, fragmentos de metralla de todo tipo y abundante munición utilizada en los enfrentamientos que hemos descrito. Del amplio conjunto de piezas documentadas destacan los peines de muelle, numerosos proyectiles

Fig. 12. Puesto de tirador en el Cigarral 3.

Fig. 13. Parapetos documentados en la excavación del Cigarral 3.

Fig. 14. Trinchera y parapeto documentado en el Cigarral 3.

Fig. 15. Vaina de Flak 18, de 88 mm.

(varios de ellos impactados tras haber sido disparados desde distancias cercanas) y vainas de cartucho para armamento Mauser de calibre 7.57 mm procedentes de la Fábrica Pirotécnica de Sevilla y, en menor proporción, de la Fábrica de Armas de Toledo. También se ha localizado munición de fabricación italiana para Mannlicher Carcano, algunos cartuchos Lefaucheux de fabricación francesa, dos casquillos de pistola de 22/6 mm Flobert de la Unión Española de Explosivos, etc. El estudio de su disposición dentro del yacimiento muestra que las vainas se concentran tanto en el interior como en el exterior de la posición, mientras que los proyectiles y las huellas de impacto suelen aparecer con mayor frecuencia en la zona externa.

Además, se han encontrado otros materiales relacionados con la vida cotidiana como son dedales, hebillas, medallas, material médico, botes de leche condensada o latas de conserva, que formaban parte del rancho diario que permitió el mantenimiento de los soldados durante su estancia en estas posiciones (Figs. 17 a 21).

En conjunto, constituyen un magnífico testimonio de los enfrentamientos ocurridos, en los que se produjeron situaciones comprometidas y actuaciones personales destacadas, protagonizadas por combatientes de ambos bandos. Un testimonio de la intensidad alcanzada en la lucha por las posiciones ubicadas en este entorno, hoy tan apacible, lo tenemos en el expediente para la concesión de la Cruz Laureada de San Fernando al alférez Juan José Orozco anteriormente citado. En el Diario Oficial del Ministerio del Ejército nº 205/1940, en el que se publicó la Orden de concesión de la prestigiosa condecoración, se reconoce como mérito la defensa de la posición nº 7 de la cabeza de puente de Toledo, el 11 de mayo de 1937, cuya descripción encaja perfectamente con la que estamos estudiando en el cigarral de Menores. Los hechos reconocidos se describen de la siguiente manera:

Fig. 16. Tropas nacionales en el área cigarralera alrededor de un Flak 88.

El día 11 de mayo de 1937, al mando de una Sección de la 21 Compañía de la 6ª Bandera del Tercio, ocupaba D. Juan José Orozco Massieu, con las fuerzas a sus órdenes, integradas por treinta y cinco a cuarenta hombres, el elemento de resistencia central de la posición número 7 de la Cabeza de Puente de Toledo, posición que por circunstancias anteriores se encontraba débilmente organizada y carecía de defensa contra carros de combate. En el expresado día el enemigo, muy superior en número, realizó desde el amanecer hasta once ataques, siendo siempre rechazado victoriosamente, tras llegar a la lucha cuerpo a cuerpo, y poner en fuga a los carros atacantes mediante bombas de mano y disparos de fusil hechos a través de las mirillas de los mismos.

Durante el desarrollo de esta acción, la Sección del entonces Alférez Orozco sufrió pérdidas que excedieron del setenta y cinco por ciento, de ellas diecinueve muertos, entre los que se encontraban dos Sargentos y tres Cabos, quedando por ello casi sin mandos subalternos la Unidad. Herido el Oficial de referencia por un casco de metralla, fue ordenada su evacuación por el Capitán de la Compañía, negándose a ello por desarrollarse en aquel momento la fase más crítica del combate; continuó la lucha así, animando a sus soldados, dirigiéndola con insuperable pericia y dando ejemplo de valor y espíritu militar, resultando nuevamente herido de gravedad, pero logrando poner en fuga al enemigo.

Este cruce de datos tan evidente entre el registro arqueológico y el documental, pone de manifiesto la importancia que tiene la adecuada recogida y estudio de los materiales asociados a las posiciones de ambos bandos, al permitir encuadrar cronológicamente el uso de cada posición y su correcta interpretación ante el constante cambio de posiciones producido.

A modo de resumen, la excavación del Cigarral 3, una construcción del siglo XVI/XVII, ha permitido documentar con detalle un momento concreto de la guerra civil española. También, el amplio conjunto de material mueble relacionado que se convierte en un testimonio mudo de los combates ocurridos en los cigarrales toledanos, mucho tiempo después de la llegada de las tropas del general Varela al interior del Alcázar. Todos ellos sirven para recordar que Toledo se mantuvo en primera línea de guerra hasta el último día del conflicto.

Fig. 17. Peines de muelle del calibre 7x57 mm para Mauser.

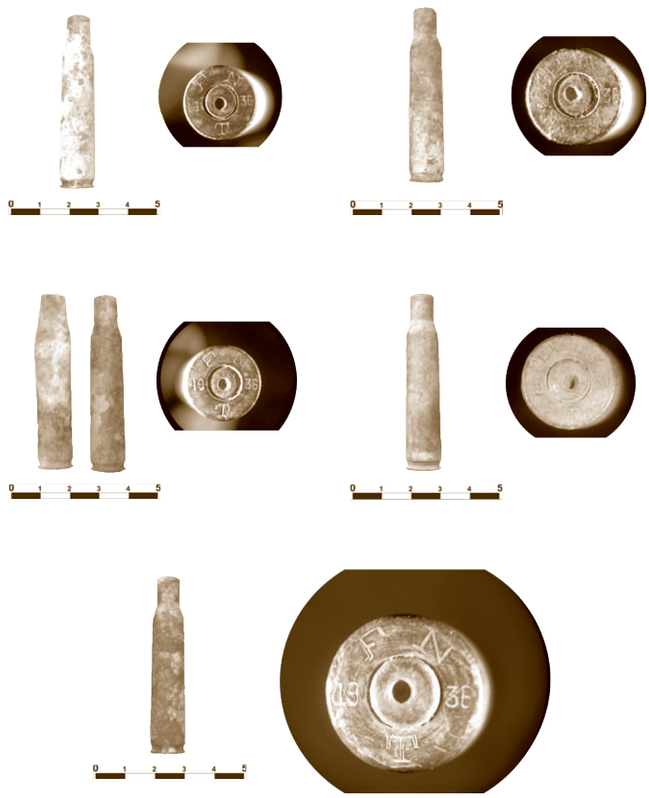


Fig. 18. Vainas de cartucho mauser del calibre 7x57 mm. Fábrica Nacional de Toledo; 1936.

Fig. 19. Roscas de una granada de palo.

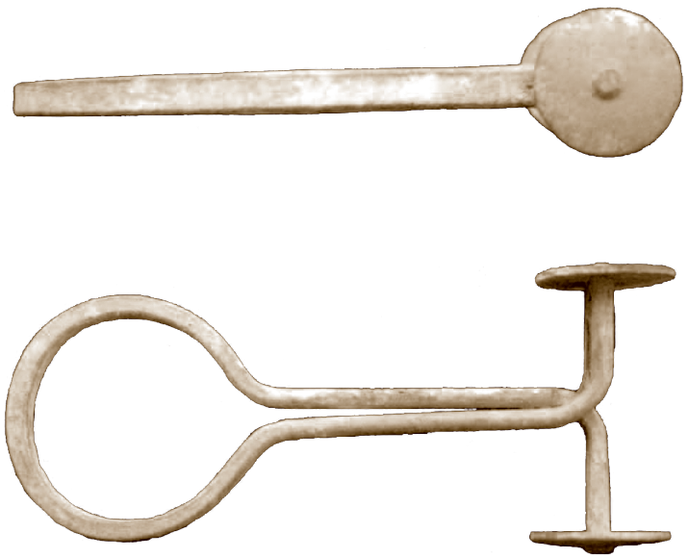
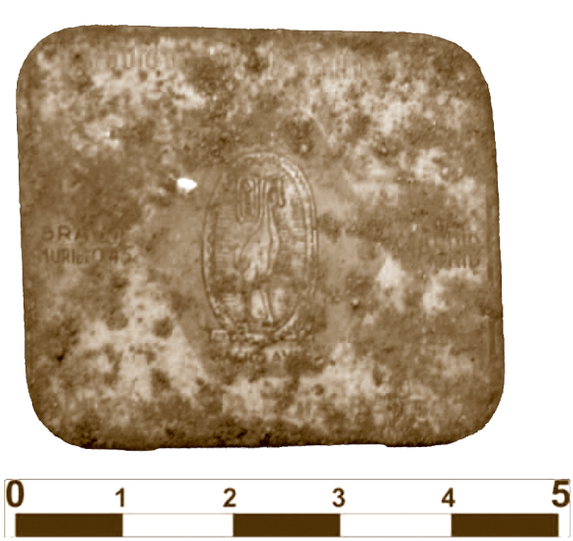


Fig. 21. Piezas metálicas; probablemente usadas como material de laboratorio para el transporte de tubos de ensayo.



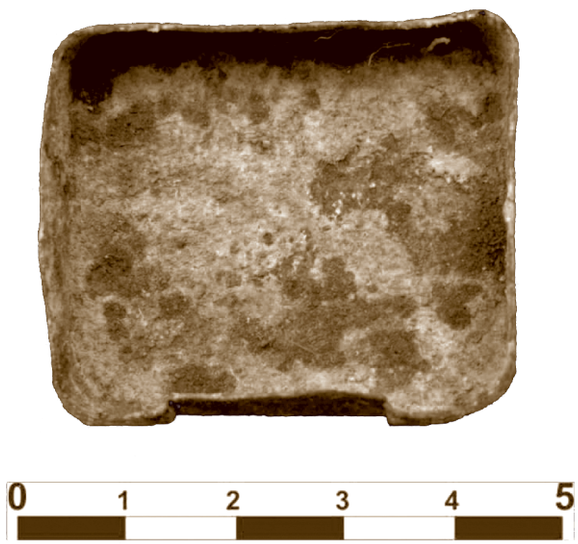


Fig. 20. Pastillero metálico con la inscripción: "INSTITUTO DE BIOLOGÍA Y SUEROTERAPIA"/YBIS/BRAVO MURILLO 45/MADRID (logo Ybis)/SACRAAVIS/DIRECTOR DON A. RUÍZ FALCÓ